

HOMILIA III (1, 18, 25)

18. *Porque se descubre también en él la ira de Dios que descargará desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de aquellos hombres, que tienen aprisionadas injustamente la verdad de Dios.*

1. Mira la prudencia de Pablo, cómo, habiendo comenzado su exhortación con suaves razones, pasa luego a argumentos fuertes y aterradores. Pues, habiendo dicho que el Evangelio causa la salud y la vida, y nos manifiesta el poder y la justicia de Dios, pasa a explanar las razones que pueden infundir temor a aquellos que no le dan oídos.

Porque, como la mayoría de los hombres suelen aficionarse a la virtud más por el temor de las penas que por las promesas de bienes, por ambas vías trata de atraerlos. Por eso Dios no sólo prometió el reino, sino que amenazó con el infierno; y los profetas hablan también así a los Judíos, mezclando los males con los bienes.

Por eso también Pablo cambia de lenguaje, mas no como quiera, sino que, comenzando por las cosas suaves y apacibles, pasa luego a otras temerosas y tristes, mostrando que aquellas proceden de la nativa benignidad divina, y éstas de la malicia de los desobedientes y rebeldes; así también el profeta propone primero los bienes: *Si quisieréis y me escuchareis, comeréis los frutos de la tierra; mas si no quisieréis y provocareis mi indignación, pereceréis al filo de la espada*¹ (Is., 1, 19, 20).

Así habla también aquí Pablo: Vino Cristo trayéndonos el perdón, la justicia y la vida; y no de cualquier modo, sino por medio de la cruz, y lo que es mayor dignación y más admirable, no sólo dando tales dones, sino padeciendo tan grandes males. Si despreciais, pues, tan grandes dones os aguardan terribles males. Y repara cómo levanta el estilo. *Descúbrese la ira de Dios desde el cielo.*

¿De dónde consta esto? Si eres creyente, aduciré las palabras de Cristo; si es un infiel el que pregunta, en lo que sigue le cierra Pablo la boca, donde se trata del juicio de Dios, sacando de la conducta de ellos un argumento irrefragable; y es cosa sobre manera estupenda, dice, que los mismos que se oponen a la verdad, con lo que cada día hacen y dicen, prueban y encomian los verdaderos dogmas. Pero de esto trataremos luego; ahora veamos lo propuesto.

Se descubre la ira de Dios desde el cielo. ¿No lo estamos viendo ya en los sucesos de esta vida? ¿En las guerras, hambres y pestes? Pues a todos alcanza así en común como en particular. ¿Qué habrá, pues, entonces de nuevo? Que el suplicio será mayor, que será general, y no por el mismo fin; ahora castiga Dios para la corrección y enmienda; entonces para la venganza, lo cual significó Pablo diciendo: *Ahora somos corregidos a fin de que no seamos condenados juntamente con este mundo* ² (I. Cor., 11, 32). Y ahora atribuyen muchos estos castigos, no a la ira del cielo, sino a la pasión e injurias de los hombres; entonces, en cambio, se verá muy clara y manifiesta la venganza del Omnipotente, cuando se siente el Juez en el tremendo solio y mande a unos a los eternos fuegos, a otros a las tinieblas exteriores y a otros a los inevitables e intolerables suplicios.

¿Y por qué no lo dice así claramente, que ha de venir el Hijo de Dios con innumerables ángeles a pedir cuenta a cada uno, sino que dice *se revela la ira de Dios*? —Los oyentes eran todavía neófitos y por eso los atrae primero con razones admitidas y confesadas por ellos. Además me parece que se dirige a los gentiles, y por eso comienza así, pero después habla del juicio de Cristo: *Sobre toda la impiedad e injusticia de aquellos hombres, que tienen aprisionada la verdad de Dios.*

EL ERROR ES VARIO, LA VERDAD ES UNA. Aquí enseña que son muchos los caminos de la impiedad y uno solo el de la verdad. Porque el error es cosa muy varia, confusa y multiforme, y la verdad no es más que una. Después de haber hablado de los dogmas, habla de la vida, haciendo mención de la injusticia de los hombres. Muy varias son las injusticias: una acerca del dinero, como cuando se perjudica al prójimo en esto; otra en las mujeres, como cuando deja uno la suya y toma la ajena. A esto lo llama Pablo fraude: *Que ninguna oprima a su hermano, ni le engañe en ningún asunto* ³ (I Thess., 4, 6). Otros quitan al prójimo no el dinero ni la mujer, más si la fama o la honra. También esto es injusticia y no menor. Pues es mejor el buen nombre que muchas riquezas ⁴ (Prov., 22, 1). Hay quien dice que Pablo se refiere aquí a los dogmas. Sin embargo, nada impide que pienses que lo dijo de ambas cosas. Qué quiere decir *oprimen la verdad con la injusticia*, en lo que sigue lo declara ¹⁹. *Porque lo que de Dios puede conocerse lo han conocido ellos claramente, pues Dios se lo ha manifestado.* Mas ellos, en vez de dar a Dios la debida gloria, se la han atribuido a los leños y a las piedras.

2. LA NATURALEZA ENSALZA A SU CREADOR. Pues así como con razón se castiga al administrador del regio erario, si el dinero, que recibió para mirar por la gloria de su soberano, lo gasta en favorecer ladrones, rameras y embaucadores, enriqueciéndolos de la regia hacienda; así también éstos, habiendo recibido ese tesoro del conocimiento y gloria de Dios, atribuyéndosela luego a los ídolos, oprimiéndola injustamente, en cuanto estaba de su parte, y deshonorándola, no usándola como era debido. ¿Está claro, o es menester que os lo declare más? Desde el principio infundió Dios a los hombres el conocimiento de sí mismo; mas los gentiles, atribuyendo ese concepto a los leños y a las piedras, en cuanto de ellos dependía, injuriaron la verdad, aunque ella inmutable permanece, sin pérdida ni mudanza alguna en su gloria.

¿Mas por dónde nos consta, oh Pablo, que les infundió Dios ese conocimiento? *Porque lo que de Dios es dable conocer, les es a ellos manifiesto y conocido.* Pero eso es repetir la tesis, no demostrarla. Tú debes probarme y demostrarme que el conocimiento de Dios en ellos era evidente y ellos no le hicieron caso. ¿De dónde les era manifiesto? ¿Dióles por ventura alguna voz? —No, pero hizo algo que podía atraerlos más que la voz: púsoles delante el universo creado; de tal modo, que el sabio, el idiota, el escita y el bárbaro, enseñado, con sólo abrir los ojos, de la hermosura de la creación visible, pudiese subir a Dios por esta escala. Por eso dijo: *las perfecciones invisibles de Dios se hacen visibles, por la creación del mundo, conocidas por la inteligencia en sus obras.* Lo cual dijo también el profeta: *Los cielos pregonan la gloria de Dios* ⁵ (Salms. 18, 1). Porque, ¿qué podrán decir aquel día los gentiles? ¿Te ignorábamos? —¿Pues no oísteis al cielo dar voces con sola su vista? ¿Y la armonía y el contento de todas las cosas clamando más claro que una trompeta? ¿Y las constantes leyes del día y de la noche sin conocer mudanza? ¿Y el orden firme y estable del verano y del invierno y de las demás estaciones? ¿Y las utilidades del mar, sus tempestades y sus ondas? ¿Permaneciendo todo en perpetuo orden y publicando la gloria y hermosura de su Creador? Porque todas estas cosas y muchas más comprendió Pablo diciendo: *Los atributos invisibles de Dios, desde la creación del mundo, se ven claramente por las obras que hizo, así como su eterno poder y su divinidad, de suerte que son inexcusables.* No las hizo Dios, cierto, con ese fin de que fuesen ellos inexcusables, pero así ha sucedido. Pues el

poner Dios ante su vista una manifestación tan espléndida de su poder, sabiduría y divinidad, no fue, por cierto, con este fin de que quedasen sin defensa posible y fuesen del todo inexcusables, sino para que pudiesen conocerle; mas ellos, con su ingratitud, se privaron de toda defensa.

Luego, probando que no hay para ellos defensa posible, dice: ²¹. *Porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como Dios, ni le dieron gracias.* Crimen máximo es éste, al cual juntaron además otro adorando a los ídolos. De lo cual los acusó Jeremías diciendo: *Dos males ha cometido mi pueblo: Me han abandonado a mí, fuente de agua viva, y se han fabricado aljibes rotos* ⁶ (Jer., 2, 13). Alcanzaron, sí, algún conocimiento de Dios, pero no hicieron de esta noticia el debido uso, procurando perfeccionarla y alabarle por la perfección en él conocida; esto es, glorificarle.

Añade la causa por la cual vinieron a tan grande locura: porque se entregaron a los devaneos de su imaginación, y en vez de usar bien de su razón para deducir el maravilloso orden del mundo la infinita excelencia de su Creador y Ordenador, le atribuyeron cuerpo, y se formaron dioses corpóreos. *Se oscureció* entenebreció *su corazón insensato.* Pues así como el que en noche oscura y sin luna emprende un viaje difícil por mar o por tierra, no sólo no arriba a la meta, sino que va a una segura ruina, así también éstos, emprendiendo el camino del cielo, comienzan por ahogar en sí la lucecita de su razón, y se entregan a sus tenebrosas cavilaciones, buscando entre las cosas corpóreas al que es incorpóreo, y entre las que tienen figura al que carece de ella, sufriendo así un horrible naufragio.

Junto con todo lo dicho señala otra causa de error en estos términos: *Alardeando de sabios, se embrutecieron.* Porque, presumiendo de sí grandes cosas y rehusando seguir el camino trazado por Dios, se sumergieron en sus locas cavilaciones. Luego, describiendo cuán grave fue la tempestad y el naufragio, añadió: ²³. *Y trocaron la gloria de Dios incorruptible en simulacros en forma de hombres corruptibles y de aves, cuadrúpedos y reptiles.*

3. CONTRA LOS FILÓSOFOS GENTILES. Su primer crimen fue no haber hallado a Dios; el segundo, teniendo motivos y razones clarísimas; el tercero, alardear de sabios, y el cuarto, deificar a los demonios, leños y piedras.

En la carta a los Corintios abate su fausto, mas no como aquí. Allí lo hiere con la cruz diciendo: *Lo que en Dios parece necio, es más sabio que los hombres* ⁷ (I Cor., 1, 25); aquí en cambio, sin hacer comparaciones, moteja su sabiduría en sí misma, llamándola estulticia y fastuosa arrogancia.

Luego, para que veas que ellos tenían noticia de Dios y la desecharon, dice: *la trocaron*; el que trueca una cosa por otra, antes de trocarla, la tiene. Quisieron encontrar cosa más alta y excelente, no contentos con los términos que Dios les señalara, y por esto los perdieron también, por deseo de novedades. Todo esto acaeció a los Griegos. Y por esto se levantaron también entre sí unos contra otros: Aristóteles contra Platón, y contra aquél los estoicos, haciéndose entre sí cruda guerra. Y así no son tan dignos de admiración por su ciencia, como de odio y execración por su arrogancia; pues por ella dieron en tanta necedad y estulticia. Porque, si no lo hubieran fiado todo a sus racionales, silogismos y sofismas, no hubieran caído en tal abismo.

Luego, encareciendo su crimen, ridiculiza y condena toda clase de idolatría. Y es ciertamente ridículo y censurable el haber cambiado la gloria de un Dios inmortal; mas el haberla cambiado por semejantes inventos, es cosa sumamente reprochable. Repara por qué cosas la cambiaron y en qué pusieron su gloria. Debieran haber pensado que era Dios, que era Señor de todas las cosas, que cuando no eran las produjo, que tiene cuidado y providencia de todo. gloria de Dios son todas estas cosas. —¿Y a quién se la atribuyeron ellos? No ya a los hombres, sino a simulacros sin vida, a estatuas de hombres corruptibles; ni pararon aquí, sino que descendieron hasta los brutos animales, ¿qué digo animales?, a sus simulacros. Y admírate de la sabiduría y elocuencia de Pablo, cómo juntó dos tan distantes extremos; a Dios, el más sublime y soberano de todos los seres, y a los más viles y bajos reptiles, y no ya reptiles, sino semejanza de ellos, para poner de manifiesto su insensatez y su locura. Pues el concepto y noticia que deben conservar acerca de Aquel que es sin comparación el más excelente de todos los seres, se lo aplicaron al que es sin disputa el más vil de todos los animales.

Pero dirás: ¿Qué tienen que ver con los filósofos todas estas cosas? —A ellos se refieren más especialmente. Pues tuvieron por maestros a los Egipcios, inventores de ellas; y Platón, que parece ser entre ellos el que más descuell, se gloria de estas cosas, y su maestro

Sócrates dio también culto a esos ídolos, mandando en el último trance que sacrificaran un gallo a Esculapio.

Vieras allí estatuas de brutos y reptiles alternando con Baco y Apolo recibiendo culto. Filósofos hubo que entronizaron en el cielo a los toros, alacranes, dragones y semejante morralla, porque siempre y en todas partes procuró el demonio reducir los hombres a semejanza de reptiles, sometiendo a irracionales a aquellos que Dios quiso levantar sobre los cielos. Y no sólo por esta razón, sino también por otra verás a su corifeo adicto a semejantes dislates. Porque cuando junta en una asamblea a todos los poetas y dice que son dignos de crédito en lo que piensan acerca de los dioses, como quienes los tienen bien conocidos, no acumula luego otra cosa que una serie de tonterías y frivolidades, y juzga que cosas tan ridículas se deben tener por verdaderas.

24. *Por lo cual los abandonó Dios a las depravadas concupiscencias de sus corazones, a los vicios de la impureza, hasta afrentar entre sí sus propios cuerpos.* Con lo cual declara que la impiedad fue causa de que violaran las leyes. Aquella palabra *los entregó* o abandonó, significa permitió. Como un capitán, si en el fragor de la lucha retrocede y se retira, se dice que entrega los soldados al enemigo, no porque él los impela, sino por haberlos dejado sin dirección y estrategia; así Dios abandonó a los que no quisieron admitir sus ordenaciones y mandatos, sino que fueron desleales sin motivo a quien tan bien había cumplido por su parte. Porque mira cuán bien los enseñó, poniendo ante sus ojos el maravilloso libro del mundo, y dándoles inteligencia y razón a fin de que pudiesen entender lo que les importaba y convenía. De nada de esto usaron bien aquellos hombres, sino que volvieron contra sí los dones recibidos. ¿Qué había de hacer Dios en vista de esto? ¿Violentarlos y forzarlos? Mas con seres dotados de inteligencia y voluntad no se hace esto. No restaba otra cosa que abandonarlos a su arbitrio y esto hizo; para que probando así y experimentando sus antojos, huyesen sus concupiscencias y torpezas. Porque, si un hijo de un rey, abandonando el real palacio y despreciando a su padre, se junta con piratas, sicarios y profanadores de sepulcros y prefiere el trato de esta canalla a la casa y compañía de su padre, éste lo deja para que aprenda por experiencia el exceso y magnitud de su locura.

4. Pero, ¿por qué no hizo mención de ningún otro pecado, como

de homicidios, avaricias y otros tales, sino sólo de la intemperancia? Parece que tuvo ante la vista a aquellos a quienes dirigía la carta. *A los vicios de la impureza, en tanto grado, que deshonraron ellos mismos sus propios cuerpos.* Repara el énfasis con que los constriñe hasta lo sumo, como diciéndoles: No hay necesidad de que otros os afrenten, sino que lo que habían de hacer los enemigos, lo hacéis ya vosotros contra vosotros mismos.

25. Volviendo luego de nuevo a la causa y origen del mal, añade: *Trocaron la verdad de Dios en la mentira y adoraron y rindieron culto a la criatura antes que al Criador, el cual es bendito por los siglos. Amén.* Lo que era sumamente ridículo lo especifica; y lo más grave lo expresa en general y de todos los modos posibles, mostrando con esto que el adorar y dar culto a las criaturas es crimen común de los gentiles. Y mira cómo hace resaltar su delito, pues no dijo sencillamente: Dieron culto a la criatura, sino que añadió: *prefiriéndola al Criador*; encareciendo sin cesar su crimen y presentándolos como imperdonables con la repetición de estas sus criminales preferencias.

El cual es bendito por los siglos. Amén. Mas estas ofensas hechas a Dios, a él en nada le dañaron ni empecieron, dice, porque él es bendito y dichoso por todos los siglos. Con estas palabras demuestra que no los desamparó por venganza, pues él no sufrió nada, ni se aminoró un punto su gloria, sino que permanece siempre feliz y bendito. Porque si el varón virtuoso nada sufre, por lo común, de parte de los que le injurian, mucho menos Dios, naturaleza inmortal e inmutable, y gloria invariable e inmovible. Pues en esto se asemejan los hombres a Dios, en no sentir molestias de los que intentan causárselas, y en no recibir sus afrentas; heridos, no se resisten, y riyéndose de ellos, no quedan burlados. Dirás: ¿Cómo puede ser eso? Muy bien puede suceder, si tú no tomas resentimiento. —¿Más cómo puedo dejar de sentirlo?— ¿Y cómo puedes sentirlo, digo yo?— Porque si un pequeño tuyo te injuriase, ¿tendríaslo por verdadera injuria? ¿Sentiríaslo? De ningún modo; de lo contrario, serías ridículo. Pues portémonos así con el prójimo, y no sufriremos disgusto alguno (porque son más insensatos que los niños injuriadores); no deseemos vernos libres de afrentas, y si nos vienen, sufrámolas animosos: porque éste es el verdadero honor. ¿Por qué? Porque de este honor eres dueño tú mismo, y de aquel, otro. ¿No ves cómo repercute el diamante cuando lo golpean? —Pero eso es, dirás, porque esa es su condición natural—

Pues lo mismo puedes hacer tú por el propósito de la voluntad. ¿Pues qué? ¿No has visto a los niños no quemarse en el horno de Babilonia? ¿Y a Daniel en el lago de los leones no sufrir daño alguno? Pues lo mismo puede acaecer hoy; leones tenemos también nosotros: la ira, la concupiscencia, armados de agudísimos dientes, que destrozan todo lo que encuentran. Sé, pues, semejante a Daniel y no dejes a las pasiones hincar el diente en tu alma. —Pero dirás: El tuvo a su favor toda la gracia.— Bien, pero con ella obraba el propósito de la voluntad. Por tanto, si nosotros queremos reprimir las pasiones, gracia no falta; aunque estén hambrientas las fieras, no tocarán tu pecho. Pues si respetaron el cuerpo de un siervo, ¿cómo no han de estar quedas al ver a los miembros de Cristo (que somos nosotros)? Mas si no se están quedas, será por culpa de los que se les echan. Porque hay muchos que mantienen a estos leones, costeando rameras, violando nupcias, vengándose de sus enemigos; y por eso son despedazados antes que lleguen al pavimento. No sucedió así a Daniel, ni nos sucederá a nosotros, si queremos; más aún, nos sucederán cosas mejores que entonces.

LAS INJURIAS SON DE GRAN PROVECHO AL QUE LAS LLEVA EN PACIENCIA. Allí los leones no hicieron daño; a nosotros, si somos ciudadanos, nos causarán provecho los que nos injurian. Así Pablo salió más espléndido y brillante de aquellos que le perseguían y molestaban. Así Job de mil calamidades, así Jeremías del lago de cieno ⁷ (Jer., 38, 6), así Noé del diluvio, así Abel de la celda, así Moisés de los sanguinarios judíos, así Eliseo, así todos aquellos grandes varones alcanzaron tan espléndidas coronas, no por haber vivido en el descanso y en los placeres, sino a costa de mil pruebas y trabajos.

Por eso Cristo sabedor de esta regla de conducta, dijo a sus discípulos: *Grandes tribulaciones os aguardan en el mundo, pero tened confianza, yo he vencido al mundo* ⁸ (Jn., 16, 33). —Pues qué, dirás, ¿no han derribado los trabajos a muchos?— Mas no por la naturaleza de las tentaciones y pruebas, sino por cobardía suya. El que de la tentación hace que saquemos provecho, de manera que podamos sostenernos (I. Cor., 10, 13), él mismo nos asista a todos y nos dé su mano para que, aclamados espléndidamente de todos, alcancemos las eternas coronas por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria, el honor y el imperio al Padre y al Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA IV (1, 26, 27)

26. *Por esto los entregó Dios a ignominiosas pasiones. Pues sus hombres trocaron el uso natural en otro que es contra naturaleza.* 27. *Del mismo modo, también los varones, dejando el uso natural de la hembra, se abasaron en impuros deseos, unos de otros, ejecutando la torpeza varones con varones, recibiendo en sí mismos el pago debido a su extravío...*

1. Todas las enfermedades del alma son afrentosas, pero de un modo especial la locura sodomítica: pues más sufre, mayor sufrimiento y vergüenza experimenta el alma con los pecados que el cuerpo con las enfermedades. Mira cómo los reputa, indignos de perdón, lo mismo, que en los dogmas erróneos: y de las mujeres dice: *Trocaron el uso natural*. Pues no pueden alegar que por carecer de la unión que es conforme a naturaleza, recurrieron a eso; ni que, por no poder satisfacer su inclinación natural, cayeron en estos rabiosos deseos, ajenos de su sexo: porque el trueque y cambio es propio del que ya posee: lo cual afirmó también hablando de los dogmas: *Mudaron la verdad de Dios en la mentira*. Lo mismo afirmó también de los varones diciendo: *Dejando el uso natural de la hembra*. Tampoco a éstos les dejó modo alguno de defensa, acusándolos no sólo de que, teniendo su modo de gozar lo dejaron por otro; sino también de que, dejando el que era conforme a la naturaleza, recurrieron a otro que era contra ella. Más dificultad y menos gusto hay en esas uniones antinaturales que en las naturales; de manera que ni siquiera tienen el pretexto de mayor gusto: pues el genuino deleite es conforme a la naturaleza; más cuando Dios desampara, todo se pervierte. Por tanto, no sólo eran satánicos sus dogmas, sino diabólica su vida.

Al hablar de los dogmas trajo a consideración el mundo y la humana razón, diciendo que con la inteligencia recibida de Dios, podía el hombre, por las cosas visibles, subir al conocimiento de su Criador: y como no quisieron, se hicieron indignos de perdón. Aquí, empero, en lugar del mundo, puso el deleite, que es conforme a naturaleza, del cual podían usar libremente, y con más gusto, y librarse de la torpeza: pero lo rehusaron; con lo cual no merecen perdón de Dios y afrentan su propia naturaleza; y lo que es aún más torpe, sus muje-

res deseaban aquellas uniones, que debían causarles mayor vergüenza que si se juntasen con varones.

Aquí es de admirar la discreción y prudencia de Pablo al ver cómo, viniendo a dar en dos escollos contrarios, supo sortearlos con grandísimo acierto y delicadeza. Porque él quería conseguir dos cosas, hablar castamente y herir a los oyentes: mas esto era punto menos que imposible; porque lo uno impedía lo otro. Pues si quieres atacar a fondo, es preciso decir la verdad clara y desnuda, y si hablas castamente, no puedes hacer impresión en los oyentes. Mas aquella prudentísima y santísima alma acertó a lograr lo uno y lo otro, encareciendo la acusación con nombrar la naturaleza y usando de ese velo para que fuese casto el lenguaje.

HORRENDA LASCIVIA CONTRA LA NATURALEZA. Después de haber acometido primero a las mujeres, la emprende con los varones diciendo: *Igualmente sus varones, dejando el uso natural de la hembra*, lo cual es indicio de extremado extravío; corrompidos ambos sexos; el varón, que ha sido constituido maestro de la mujer, y la mujer, a quien se ordenó que fuese su ayudadora, obran entre sí como mortales enemigos. Repara el énfasis con que habla. Pues no dijo que se amaron y desearon mutuamente, sino estallaron como llama; se inflamaron en mutuos deseos. ¿Ves cómo todo el mal provino de la pasión, de la concupiscencia y avidez desenfrenada?; porque el deseo desapoderado no sufre freno ni respeta término alguno. Porque el que traspasa las leyes establecidas por Dios, desea cosas extrañas y no sabe guardar moderación alguna. Pues así como vemos a veces que los que han aborrecido el apetito de los manjares, se arrojan a comer tierra y piedrecitas, y otros, devorados de la sed, apetecen el cieno; así éstos se encendieron en deseos contra toda ley.

Y si preguntas: ¿De dónde provino tan desapoderado deseo? te diré: Desamparados que fueron de Dios. ¿Y el desamparo? ¿de dónde? De su perversidad en abandonar y ofender a Dios. *Ejecutando* sus torpezas varones con varones.

Al oír *se encendieron*, no creas que la enfermedad consistió sólo en deseos, pues gran parte de este mal provino de la ociosidad y desidia; que suele encender la concupiscencia. Y así no dice que fueron arrastrados o sorprendidos, como dijo en otros sitios, sino *Ejecutando*: pusieron por obra su pecado, y no de cualquier manera, sino con grande ahínco y ardor. Y no dijo su *Deseo*, sino con más

propiedad, su *Torpeza*, pues deshonraron la naturaleza y conculcaron sus leyes.

Y mira la confusión y desorden por una y otra parte causado. Pues no sólo pusieron los pies arriba, sino la cabeza abajo; y se hicieron enemigos mutuamente unos de otros, encendiendo una múltiple y variada lucha, más injusta y terrible que todas las guerras civiles. Mira si no: Debían ser una sola cosa el varón y la mujer: *serán dos en una carne*¹ (Mt., 19, 5). Así lo cumplían por la inclinación natural del uno al otro sexo, que los unía entre sí. Mas quitado, por obra del diablo, este natural deseo, y torcido y convertido en otro, apartó y dividió los dos sexos del mutuo trato, haciendo que lo que antes era uno, fuesen dos partes contra la ley de Dios, que había dicho: *Serán dos en una carne*² (Gen., 2, 24), y él la partió en dos. He aquí la primera guerra. Hizo además que estas dos partes se hiciesen entre sí mutua guerra; porque las mujeres deshonraban a las mujeres, y no a los varones sólo; los varones, a su vez, se levantaron, no sólo entre sí unos contra otros, sino también contra el sexo débil, como si estuvieran enzarzados en nocturna lucha. ¿No ves cómo no es una sola guerra, sino doble, triple, cuádruple y más aún? Porque además era lucha contra la misma naturaleza. Pues viendo el diablo que esta natural concupiscencia unía sumamente a los dos sexos, procuró con grande empeño deshacer este vínculo, de tal manera que no sólo se perdiera el linaje humano por falta de semilla, sino también por la guerra intestina y perpetua de unos contra otros.

Recibiendo en sí mismos la paga merecida de su obcecación y extravío. Mira cómo vuelve de nuevo a la fuente y origen del mal, la impiedad en sus dogmas y creencias sobre la divinidad. Porque viendo que hombres, impíos y enfrascados en las cosas de la presente vida no le darían oídos, si les hablaba de infierno y de suplicios, sino que se reírían de él, les da a entender que en su mismo pecado y voluptuosidad llevaban la penitencia. Y si no lo sienten, sino que se alegran, no te extrañe; porque también los furiosos y frenéticos se lastiman y despedazan, y al mismo tiempo se ríen y se alegran; mientras que para los demás son objeto de conmiseración y de llanto, mas no por eso decimos que carecen de suplicio, sino que precisamente por eso es mayor su castigo y su daño, porque no se dan cuenta de su mísero estado. Porque no hemos de deferir al juicio y parecer de los enfermos, sino al de los sanos.

En la antigüedad se dio una ley, en que uno de los legisladores mandó que ningún esclavo se uniese en la palestra ni se entregase a amores de mancebos: reservando esta prerrogativa, o mejor dicho, esta torpeza, para los hombres libres. Sin embargo, ellos no la reputaban torpeza, sino cosa honesta y honrosa, y tan digna de aprecio, que no debía otorgarse a gente de condición servil, y por eso la concedieron a los hombres libres: y esto el sapientísimo pueblo de los Atenienses, y su gran legislador Solón. Y cuenta que no fue él solo, sino que hay muchos libros de filósofos inficionados de esta enfermedad. Y, sin embargo, no por eso vamos a decir que fue cosa lícita, honesta y legítima; sino que los que tal ley aceptaron son desdichados y dignos de lástima. Pues las afrentas que admiten las que prostituyen sus cuerpos, esas mismas y otras mayores toleran también éstos. Porque en aquéllas, si no es legítimo el coito, al menos no es contrario a la naturaleza; en éstos, en cambio, es no sólo ilegítimo, sino también antinatural. Y aunque no hubiese infierno ni amenazase Dios con suplicios, ya sería éste el peor de los suplicios.

¿Que están con él muy contentos y alegres? Tanto peor. Porque si viéramos correr a un hombre desnudo todo y enlodado, sin correrse de vergüenza, antes alegrándose de ello, no le daríamos el parabién, seguramente; antes lamentaríamos que no se diese cuenta de su indecencia... Peores son esos hombres que los suicidas, porque vale más morir que vivir en tan grande afrenta. Porque el suicida aparta el alma del cuerpo; mas éstos pierden juntamente el cuerpo y el alma. No hay pecado alguno que con esta iniquidad compararse pueda, y si los que tales cosas sufren tuvieran juicio y conocimiento, mil muertes preferirían antes que tolerar semejante infamia.

3. No hay nada, no; no hay cosa tan irracional y tan grave. Pues si hablando de la fornicación dijo Pablo: *Cualquier otro pecado que el hombre cometa, fuera del hombre queda; mas quien fornicá, contra el propio cuerpo peca* (3) (I. Cor., 6. 18), ¿qué diremos de esta locura, que es tanto peor que la fornicación cuanto es imposible expresar? Porque no digo sólo que te has convertido en mujer, sino que has dejado de ser varón, pues ni te has mudado en esa naturaleza ni conservas la que tenías; sino que has afrentado las dos a la vez, mereciendo que te arrojen de sí a pedradas tanto los varones como las hembras, por haber injuriado a los dos sexos. Y para que veas la gravedad de este delito, si viniese un hombre prometiéndote conver-

tirte en perro, ¿no lo echarías con cajas destempladas? Pues tú de hombre te has hecho no perro, sino un animal mucho más vil: porque el perro para algo sirve, mas el invertido para nada es útil. ¿Qué te parece? Si alguno amenazase con hacer que los hombres pariesen, ¿no montaríamos todos en cólera? Pues peores cosas hacen ahora los que han dado en tan insigne locura, porque no es lo mismo convertirse en mujer que hacer de mujer permaneciendo varón; más aún, ni una cosa ni otra. Y si por otra vía quieres saber cuán grande mal es éste, pregunta por qué los legisladores castigan a los que se castran y hallarás que no es por otra causa, sino porque estragan y mutilan la naturaleza. Y, sin embargo, no es tan grande su estrago, porque aun después de castrados sirvieron para muchas cosas; pero no hay cosa más inútil que un hombre convertido en ramera: porque no solamente su alma, sino también su cuerpo es una tan grande ignominia, que merece ser arrojado de toda sociedad humana. ¿Cuántos infiernos serán bastantes para él? Mas si al oír nombrar el infierno te ríes y te muestras incrédulo, acuérdate del incendio de Sodoma: hemos visto, sí, hemos visto aun en esta vida una imagen del infierno. Pues, como muchos no habían de creer las cosas que después de la resurrección han de suceder, oyendo ahora que aquel fuego es inextinguible, los hace Dios entrar en seso con las cosas presentes. Porque tal es el fuego e incendio de Sodoma, como lo saben los que han ido allá y han visto aquella plaga enviada por Dios y aquella obra de los rayos de lo alto. Piensa cuán grave será el pecado que ha hecho aparecer el infierno antes de tiempo. Porque despreciando muchos los eternos fuegos, mostróles Dios de un nuevo modo la imagen del infierno. Era estu-
penda aquella lluvia, porque también su pecado era contrario a la naturaleza; e inundó la tierra, porque también la concupiscencia había inundado sus almas. Por esto era aquella lluvia contraria a la usual y ordinaria, pues no sólo no dispuso la tierra para recibir la semilla y dar fruto, sino que la esterilizó por completo. Tal era el comercio carnal de aquellos Sodomitas, que hacía su cuerpo más inútil aún. ¿Hay cosa tan infame y execrable como un hombre que hace veces de meretriz? ¡Oh furor! ¡Oh estupidez! ¿Cómo se ha propagado esta concupiscencia, que ha invadido la humana naturaleza como un ejército enemigo en tiempo de guerra?, aún más, tanto más molesto y grave cuanto es mejor el alma que el cuerpo? ¡Oh vosotros, más irracionales que los brutos y más desvergonzados que los perros! Pues

nunca hay entre ellos cosa semejante, sino que la naturaleza reconoce y respeta los debidos términos: vosotros, en cambio, habéis deshonrado más vuestro linaje con tan grande afrenta. ¿De dónde han nacido tan grandes males? De la voluptuosidad. De que no reconocíais a Dios; pues, echado fuera el temor de Dios, desaparecen todos los bienes.

4. Para que esto no suceda, pues, tengamos asiduamente ante los ojos el temor de Dios. Porque no hay cosa que traiga el hombre tan gran ruina como el desprenderse de este segurísimo apoyo, ni que lo guarde y asegure tanto como asirse a esta áncora firmísima. Porque si la vista de un hombre nos retrae de pecar, más aún, si por respeto a un criado virtuoso y modesto evitamos todo despropósito, piensa cuán grande seguridad alcanzaremos, si traemos a Dios delante de los ojos. Nunca se atrevería el diablo a atacarnos viéndonos tan pertrechados, porque trabajaría en vano; mas si, por el contrario, nos ve andar vagando sin freno, tomando ocasión de nuestra distracción, tratará desde luego de apartarnos del rebaño de Cristo. Y lo que suele acaecer a los criados remisos y holgazanes, que, desatendiendo los mandatos urgentes, para cuyo desempeño los enviaron sus amos, indiscreta e imprudentemente se entretienen en todo lo que encuentran al paso, gastando el tiempo inútilmente, esto mismo nos sucederá a nosotros si desatendemos lo ordenado por Dios. Nos paramos luego a admirar las riquezas, la hermosura corporal y otras cosas que no nos importan, como aquellos criados que se quedan mirando a los mendigos charlatanes y embaucadores que fascinan al pueblo con sus artificios y reciben luego el castigo merecido por su tardanza.

Hay también muchos que, abandonando el camino derecho, siguen los malos ejemplos de otros, ejecutando como ellos torpes y deshonestas fechorías. No hagamos tal nosotros; pues se nos ha enviado a importantísimos y urgentes negocios, y, si haciendo caso omiso de ellos gastamos inútilmente el tiempo en mirar esas bagatelas, recibiremos el castigo supremo.

Porque si deseas emplear bien el tiempo, ya tienes cosas que admirar extasiado y desear con todas las ansias de tu alma, cosas laudabilísimas y dignísimas no de risa, como aquellas otras, sino de admiración, tanto más cuanto que el que es admirador de cosas ridículas viene a hacerse igual y aun peor que esos que excitan la risa del populacho. Pues para que no te acaezca semejante cosa, echa pie atrás luego al momento.

CUÁN GRAN DAÑO Y DESDICHA TRAE CONSIGO EL MAL USO DE LAS RIQUEZAS. ¿Por qué ansías riquezas? ¿Qué maravillas descubres que hayan de cautivar tus miradas? ¿Caballos con jaeces de oro?, ¿catervas de criados, unos bárbaros y otros eunucos?, ¿ricos vestidos y almas muelles enfrascadas en semejantes fruslerías? ¿fruncidos y arrogantes entrecejos, carreras, tumultos? ¿Merece eso nuestra admiración? Pues ¿en qué se diferencian éstos de los mendigos y charlatanes de plazuela, danzantes y tocadores de flauta? También éstos, hambreado prosperidades y dichas, frecuentan bailes y danzas más ridículas que aquéllos, traídos y llevados, ora a la orgía, ora a la mancebía, ora a la turba de parásitos y aduladores. Y si ostentan oro y pedrería, por eso precisamente son más desdichados, porque ponen su corazón y toda su afición en lo que no les importa. A mí no me vengas con vestidos; descubre y mira sus almas y las verás traspasadas de mil heridas, andrajosas y desarrapadas y despreciadas de todos. ¿Qué les aprovecha aquella ostentación exterior? Porque más vale vivir pobre, pero virtuosamente, que ser rey vicioso; pues el pobre goza de las delicias del alma, que no le dejan sentir la exterior pobreza; mientras que el rey tiene sus delicias en lo que no le va ni le viene; y sufre un tormento continuo en su alma, en su conciencia y en sus pensamientos, que no le abandonarán ni después de muerto.

Sabido esto demos de mano a los ricos vestidos y abracemos la virtud y el deleite que la acompaña. Pues de este modo gozaremos acá y allá de suma delicia, y alcanzaremos los prometidos bienes por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea, junto con el Padre y el Espíritu Santo, la gloria, el honor y el imperio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA V (I, 28-2, 16)

Los filósofos y sabios del mundo, por no haber querido reconocer a Dios, fueron entregados al extravío de un espíritu depravado, y pasaron de los desarreglos más groseros a otros más sutiles, que no procedían de ignorancia, sino de una resolución fija y estudiada. Se hicieron desleales, insensibles e inventaron nuevos modos de practicar el mal, apagando con sus pecados todo natural afecto. Fue tal su obcecación que, aunque sus acciones eran dignas de muerte, y lo mismo los que las aprobaban, no obstante, no lo comprendieron. Porque el que alaba el pecado es peor que el que lo comete.

San Pablo, después de atacar a estos sabios combate a los que mandaban en Roma. Estos son inexcusables. Condenan a los adúlteros y cometen adulterio. Lo que dice de los Príncipes y Jueces de este pueblo, puede igualmente aplicarse a todo el que juzga a su hermano, pues a esos podemos decirles: La condenación que tú pronuncias contra los otros, te hace más digno de castigo; porque es muy gran malicia hacer lo que reconoces por malo y condenas en otro. Dices que sabes bien que faltas y cometes pecados; pero que eso te tiene sin cuidado, porque sabes que Dios es bueno. Al contrario, esa paciencia de Dios en esperarte, dilatando el castigo, y de donde sacas esa presunción y atrevimiento para seguir pecando, debe hacerte temblar. Porque Dios no usa una indulgencia muelle que tolere impunemente tus pecados; sino que te concede un plazo para que te conviertas cuanto antes y, si rehúsas hacerlo, el castigo será terrible. Bien puedes repetir cuanto gustes que Dios es bueno; tarde o temprano tendrás que reconocer que es también justo. Por tu impenitencia y rebeldía te estás preparando un tesoro de ira. Dios ha hecho todo lo necesario para salvarte; te ha dado conocimiento del bien y del mal; no ha perdonado medio para moverte a penitencia; te ha amenazado con el rigor de sus divinos juicios, a fin de que entrases en seso y te arrepintieses; si después de todo esto permaneces impenitente, tú mismo eres el que reúnes un tesoro de ira para el tremendo día del justo juicio de Dios.

Añade San Pablo que en aquel día retribuirá Dios a cada uno según sus obras, dando la vida eterna a los que por su paciencia en el bien obrar buscan la inmortalidad; en lo cual enseña claramente que para salvarse no basta la fe, sino que son necesarias las buenas obras. Dice luego que la tribulación y la angustia abrumará a todo hombre que obra mal. El rico, el pobre, el príncipe,

el emperador, todos estarán allí abrumados de desesperación si han obrado mal. No es Dios aceptador de personas. No hará caso de dignidades ni de grandezas. Unicamente castigará más a los que hubieran abusado más de sus dones. Nosotros, pues, que hemos recibido mayor luz y conocimiento que la generalidad de los hombres, hemos de aguardar mayor castigo, si no hacemos buen uso de esos dones.

Y al contrario; el honor y la paz serán la herencia de todo hombre que obre el bien; pues sólo en el cielo poseeremos la verdadera paz y tranquilidad completa sin turbación de ningún género. San Pablo, al añadir que los que oyen la ley no serán por eso justos delante de Dios, sino sólo aquéllos que la practiquen, da bien a entender que puede uno creerse justo y parecer tal a los demás hombres, pero que Dios dará una sentencia enteramente contraria, si nosotros nos contentamos con oír la ley y no la cumplimos.

San Juan Crisóstomo toma ocasión de lo que dice San Pablo acerca del juicio final para excitar un saludable temor en los ánimos de los oyentes. Les pone delante el gran miedo que afligirá las conciencias de los malvados al ver toda su vida al descubierto delante de todos los hombres, cuando los arranquen por fuerza de aquellas tinieblas que siempre buscaron. Sin embargo, no teme asegurar que no es el momento en que Dios nos castigará el que más debemos temer, sino aquel en que nosotros le ofendemos. Atrévase además a decir que, aunque no hubiéramos cometido más pecados que el haber temido el infierno más que a Jesucristo mismo, por eso sólo mereceríamos ser precipitados en aquellos fuegos. Mas como no amamos a Nuestro Señor, no alcanzamos a conocer la grandeza del mal que nos causa la privación de este amor. Sólo para obligarnos a amarle, nos ha amenazado con el infierno y nos ha prometido su Reino. Amémosle, pues, como es razón, éste es nuestro mayor galardón, nuestro Reino celestial, nuestros placeres y delicias, nuestra honra y nuestra gloria, nuestra luz y nuestra soberana felicidad.

28. *Y como ellos no procuraron alcanzar cabal conocimiento de Dios, dejólos Dios caer en perversos sentimientos, de manera que llegaron a hacer lo que no les cumplía.*

1. Para que no pareciese que aludía a ellos, después de haber hablado mucho del amor de los niños, pasa a otras clases de pecados; y por tanto se dirige a otras personas. Y como si hablase siempre a los fieles de los pecados para enseñarles a evitarles, trae a plática a los gentiles diciendo: *No con pasión libidinosa, como las gentes que no conocen a Dios* (I) (Thess., 4, 5); y poco después: *Para que no os entristezcáis como otros que carecen de la esperanza de la vida eterna* (Ibid., v. 13); así también en otra ocasión trae a consideración sus pecados y dice que no tienen excusa ninguna, porque son crímenes

cometidos, no por ignorancia, sino con plena deliberación y advertencia. Por lo cual no dice: Y como no conocieron; sino: *Y como no estimaron a Dios digno de ser tenido en cabal conocimiento*, dando a entender que su pecado procedía de juicio y dictamen perverso y refinada voluntad, no de precipitación e inadvertencia; y enseñando que los pecados de la perversa concupiscencia no provienen de la carne, como dicen algunos herejes, sino de la razón y de la voluntad; y que éste es el manantial y origen de todos los males. Porque cuando la mente llega a depravarse y pervertirse, corrompido el guía, queda todo desordenado y trastornado. 29. *Atestados de toda injusticia, maldad, fornicación, avaricia, malicia*. Mira qué cúmulo de pecados; pues los llama henchidos y *atestados*, y de *toda* injusticia; y después de nombrar la malicia en general, va descendiendo a todas sus particularidades y esto con hipérbole, diciendo: *Llenos de envidia y de homicidio*, porque éste nace de aquélla, como se vio en Abel y en José. Luego, habiendo dicho *pendencieros, engañadores, malignos*, 30, *chismosos, murmuradores, aborrecibles a Dios, ultrajadores*, poniendo entre los crímenes cosas que a muchos parecen indiferentes; sube de punto otra vez la acusación, después de haber subido al castillo y fortaleza de todos los males y haberlos llamado *engreídos*. Porque más grave es engrairse después del pecado que el mismo pecar; por eso reprende a los Corintios con estas palabras: *Y no obstante, vosotros estáis hinchados de orgullo* (2) (I Cor., 5, 2). Pues si el que se vanagloria de una obra buena lo pierde todo, el que se engríe de los pecados, ¿qué suplicio no merecerá? Además, este tal no podrá arrepentirse. Luego dice: *Inventores de maldades*, dando a entender que para ellos no fueron bastantes las clases y maneras de pecados ya existentes, sino que inventaron otras nuevas, lo cual revela ánimo calculador y que anda mirando y remirando con afán, no sorprendido y enlazado por otro.

Habiendo descrito muy por menor muchas maldades y demostrado que ellos estaban comprendidos en esa descripción (pues dice: *Desobedientes a sus padres*), viene finalmente a la raíz de tanto mal, llamándolos: 31. *Sin corazón y desleales*. También Cristo señaló esta causa de la malicia: *Y por la inundación de la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos* (3) (Mt., 24, 12). Esto es lo que aquí dice Pablo llamándolos *desgarrados, desamorados, desleales y despiadados*, dando a entender que habían deshonorado este don que nos concedió natu-

raleza, pues a ella somos deudores de cierto natural afecto mutuo, de que participan hasta las mismas fieras. *Pues todo animal ama a su semejante; así también todo hombre debe amar a su prójimo* (4) (*Eccli.*, 13, 19). Mas ellos fueron más feroces que las fieras. Muéstranos, pues, la enfermedad y el gran mal que, proveniente de los perversos dogmas, invadió toda la tierra, declarando al mismo tiempo que ambas enfermedades nacieron de la desidia y negligencia de los enfermos. Da, por último, a entender, como lo hizo al tratar de los dogmas, que no merecen perdón; por eso añade: 32. *Los cuales, teniendo bien conocido el decreto de Dios, que quienes tales cosas obran, son dignos de muerte, no sólo las hacen ellos, sino que aplauden a los que las hacen.* Habiendo puesto dos antítesis, quítalas aquí ambas. Porque, ¿qué vas a decir? ¿Que no conoces las cosas que hay que hacer? Pues si no las conocieses, la culpa sería tuya; por haber abandonado a Dios que te las había declarado. Mas ahora probamos con mil razones que las sabes y pecas espontáneamente. ¿Pero te atrae la pasión? Pues, ¿por qué cooperas con otros y alabas a los que pecan? *Porque no sólo hacen esos pecados, dice, sino que aplauden a quien los comete.* Puesta la primera, que no merece perdón, para quitarla de en medio (porque el que alaba el pecado es más culpable que el mismo que peca); puesto, repito, primeramente esto, lo culpa y reprende con más vehemencia en lo que sigue con estas palabras: Cap. 2.^o, v. 1.^o: *Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas, tú que juzgas: pues en lo que juzgas al otro, a ti mismo te condenas* (Cf. *Mt.*, 7, 2). Esto dijo aludiendo a los Príncipes, porque aquella ciudad tenía entonces el principado del mundo. Así, pues, comienza diciendo de esta manera: Tú mismo te privas de defensa, quienquiera que seas; pues cuando condenas a un adúltero, y cometes tú también adulterio, aunque no haya hombre alguno que te juzgue y condene, aquella sentencia, que contra el culpable diste, contra ti mismo la diste.

2. *Porque sabemos que el juicio de Dios es conforme a verdad sobre los que tales cosas hacen.* Para que ninguno dijera: Entretanto escapé; para atemorizarle, dice que no sucede lo mismo en el juicio de Dios que en el nuestro; aquí, de dos que cometieron el mismo delito, uno escapa y otro es castigado; allí no, que el que juzga sabe lo que es justo; cómo lo sabe, no lo dijo, pues fuera superfluo. Acerca del impío dijo dos cosas, que, conociendo a Dios, obró la impiedad; y por dónde

le conoció, esto es, por las cosas creadas. Porque, como no era cosa conocida de todas, dijo también la vía; mas aquí, como era cosa de todos confesada, pasó de largo. Mas cuando dice: *Todo el que juzga*, no habla sólo a los Príncipes, sino también a los particulares y a los súbditos.

2. Porque todos los hombres, aunque no tengan solio, ni alguaciles, ni corchetes, ni verdugos, ni rollo, sin embargo, también ellos juzgan y sentencian a los que pecan en sus conversaciones y juntas, por el veredicto de la conciencia, y nadie se atreve a decir que el adúltero no es digno de castigo. Pero condenan, dice, a otros, no a sí mismos. Por eso se lanza vehemente contra ellos diciendo: 3. *¿Te figuras acaso, oh hombre, que juzgas a los que tales cosas hacen, y las haces también tú, que escaparás al juicio de Dios?*

Después de haber mostrado el gran pecado del orbe por sus dogmas y por sus crímenes, y porque eran sabios, y porque tenían la creación que los conducía a Dios como por la mano, y que no sólo abandonaron a Dios, sino que eligieron estatuas de reptiles, que despreciaron la virtud, y a pesar del aliciente y atractivo de la naturaleza hacia ella, se lanzaron de su propio impulso hacia el vicio, y obraban además contra la misma naturaleza; pasa luego a decir que quienes así obran, son castigados. Ya hizo mención de la pena al hablar de la culpa: *Pues en sí mismos recibieron la paga de su error*; mas, como permanecen insensibles a ella, añade otra que ellos temían sobre manera. Y ya antes se la había indicado: pues al decir que el juicio de Dios es conforme a verdad, no fue otra cosa lo que declaró; sin embargo, aquí lo prueba más extensamente diciendo: *¿Te has llegado a figurar, oh hombre, que juzgas a los que tales cosas hacen, y las ejecutas tú también, que podrás escapar al juicio de Dios? ¿Quién se atreverá a decir semejante cosa? Pues es muy cierto que tú te has juzgado a ti mismo. Mas después que fue tan grande la autoridad de este tribunal, que ni tú pudiste perdonarte a ti mismo, ¿cómo es posible que Dios, que es impecable y sumamente justo, no haga con más razón eso mismo? Te has condenado tú a ti, ¿y va Dios a aprobarte y alabarte? ¿En qué seso, en qué razón cabe semejante cosa? Tú, tú eres, sin duda, merecedor de mayor suplicio que aquél a quien en tu juicio condenaste. Porque no es lo mismo pecar que, después de haber castigado a uno por sus crímenes, dejarte tú arrastrar a los mismos pecados.*

¿No ves cómo amplifica el crimen? Pues si tú, dice, castigas al que pecó menos que tú, aún reconociendo que echas sobre ti la mancha, ¿cómo Dios ha de dejar de condenarte, y más gravemente, a ti que has cometido mayores pecados; Dios, digno, que con ello no echa sobre sí mancha ni vergüenza alguna, y a ti, que has sido condenado en el tribunal de tu misma conciencia?

Y si dijeres: Sé que soy digno de suplicio, pero no hago caso, confiado en la paciencia de Dios, y vives descuidado, por no recibir al punto el castigo; precisamente es una razón de más para que debas temer y temblar con justísima causa; porque si te difiere el castigo, no es para que dejes de sufrirlo, sino para que lo sufras mucho mayor, si permaneces incorregible; lo que Dios no permita. Por eso añade:

4. *¿O es que menosprecias las riquezas de su benignidad, de su paciencia y de su longaminidad, desconociendo que la benignidad de Dios te está llamando al arrepentimiento?* Después de haber alabado la paciencia de Dios y mostrado el gran fruto que de ella reportan los que la respetan (lo cual era excitarlos a arrepentirse), aumenta el temor. Pues así como a los que usan, como es razón, de la divina paciencia, les causa salud, así a los que la desprecian, les acarrea mayor castigo. Hay muchos que andan repitiendo en sus juntas y conversaciones, que un Dios benigno y paciente no castiga: el que tal dice, no dice otra cosa sino que será mayor el castigo. Porque Dios se muestra benigno, para que te libres de los pecados, no para que los aumentes y acumules; y si no lo hicieres, será más terrible la venganza. Por consiguiente, no hay que darse a pecar porque Dios sea paciente, ni convertir el beneficio en causa y materia de ingratitud, porque, aunque es paciente, es también justo y castigará sin falta. ¿Que de dónde consta esto? De lo que luego sigue. Porque si la maldad es grande y no han recibido los impíos su castigo, lo recibirán sin falta. Pues si los hombres no descuidan esto, ¿cómo ha de descuidarlo Dios?

Y ya por estas palabras comienza a tratar del juicio. Pues, mostrando que hay muchos destinados a penar, si no hacen penitencia, y no siendo castigados aquí, por el mero hecho, establece que hay un juicio futuro y gravísimo por cierto, por eso añade: “5. *Y tú, al contrario, con tu dureza y corazón impenitente vas atesorándote ira y más ira.*”. Porque al no ablandarse con la mansedumbre, ni moverse con el temor, ¿qué cosa más dura puede pensarse?

Después de mostrar la benignidad de Dios, presenta el suplicio; y suplicio intolerable para el que ni así ha querido convertirse. Y mira la propiedad y energía de las palabras: Te vas reuniendo un tesoro de ira, dice; mostrando que le está guardada, y que la causa de ella no es el Juez, sino el reo. tú, dice, tú para ti mismo atesoras, no Dios para ti. Pues él hizo cuanto estaba de su parte, te dio conocimiento del bien y del mal, usó contigo de gran paciencia, te llamó a penitencia, te amenazó con el terrible día de las venganzas divinas, atrayéndote al arrepentimiento por todas las vías: si permaneces, pues, inflexible y reacio. *“Te preparas un tesoro de ira para el día de la venganza y manifestación del justo juicio de Dios.”* Y para que, al oír la palabra ira, no te figures que hay aquí algo de pasión, añade: *Del justo juicio de Dios.* Y con razón dijo *manifestación*, pues entonces manifiesta las obras de todos, cuando recibe cada uno su merecido. Aquí sucede a veces que con sus desafueros, crean muchos molestias a otros; allí nada de eso. 6. *El cual dará a cada uno según sus obras.*

3. Después de haberse mostrado severo y terrible al hablar del juicio y de los futuros castigos, no pasa luego al suplicio, como cualquiera hubiera esperado, sino que habla de un asunto más suave, esto es, del premio y retribución de los buenos. 7. *A los que con la perseverancia en el bien obrar buscan gloria y honor e inmortalidad, vida eterna.* Aquí levanta el ánimo de los que en las tentaciones se habían acobardado, y muestra que no conviene confiar en la fe sola; pues aquel tribunal examina las obras. Pondera cómo al hablar de las cosas futuras, no puede explicar con claridad aquellos bienes; sino que los llama gloria y honor. Pues superando tanto los bienes humanos, no tiene imagen ni comparación alguna de que echar mano; sino que los da a conocer, de algún modo, por las cosas que entre nosotros parecen más espléndidas, como la gloria, el honor y la vida, que son las más estimadas y buscadas en lo humano. Pero las cosas del cielo no son así; sino incorruptibles e inmortales.

LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS. ¿No ves cómo nos abre las puertas de la resurrección de los cuerpos, al hacer mención de la incorrupción? Porque aquella incorrupción sobrevendrá entonces a este cuerpo ahora corruptible. Mas como esto no era bastante, añadió gloria y honor. Porque todos resucitaremos incorruptibles, mas no todos para la gloria; sino unos para la gloria, y otros para el suplicio. 8. *Mas para los tercos, porfiados y pertinaces en su juicio.* De nuevo priva de

perdón a los que siguen sus maldades, y da a entender que cayeron en ellas por su indocilidad, pertinacia y desidia. *Que no se rinden a la verdad, sino a la iniquidad.* Otra nueva acusación. Porque, ¿qué excusa puede tener el que huye de la luz y ama las tinieblas? Y no dice: Forzado por la violencia o por la tiranía, sino *Obedeciendo a la iniquidad*; para que entiendas que es culpa voluntaria, no tiránica imposición. 9. *Así que tribulación y angustia aguarda, sin remedio, al alma de todo hombre que obra mal.* Esto es, aunque sea un hombre opulento, aunque sea cónsul, aunque sea rey; a nada de esto atiende el juicio divino; nada valen aquí las dignidades.

Hecha mención, pues, de la gravedad de la enfermedad y de su causa y raíz, que fue la desidia de los enfermos, y del término y fin de ella, que es la perdición, y de la facilidad de la enmienda agrava al Judío en el suplicio. *Al Judío en primer lugar y también al Griego.* Pues el que tuvo más instrucción y conocimiento, si obra mal, merecerá también mayor suplicio. Así es que cuanto más sabios y prudentes, cuanto más poderosos fuéremos, tanto mayor castigo recibiremos, si pecamos. Porque si eres rico, te pedirán cuenta de más dineros que al pobre; y si fueres más prudente, mayor obediencia; si gozas de poderío, obras más insignes, y lo mismo en todo lo demás, cada uno debe trabajar según sus fuerzas. 10. *Gloria, en cambio, honor y paz para todo el que obra el bien, así judío, primeramente, como gentil.*

¿De qué judíos y de qué gentiles habla aquí? De los que vivieron antes de la venida de Cristo; porque todavía no había llegado a tratar del tiempo de la gracia, sino que hablaba de tiempos anteriores; comenzando ya desde lejos a quitar la diferencia entre judíos y gentiles, para que cuando después lo hiciera en los tiempos de la gracia, no pareciera cosa nueva y gravosa. Porque si ya en aquellos tiempos antiguos cuando no había aparecido aún tan grande gracia, y las cosas de los judíos estaban en tanto honor y eran entre todos tan celebradas e ilustres, no había en esto diferencia alguna. ¿Qué razón de preferencia podían alegar los judíos después de una efusión de tan grande gracia? Y por eso pone tanto empeño en probarlo. Porque los oyentes, aleccionados de que ya sucedía así en los antiguos tiempos, mucho más fácilmente lo habían de admitir después de recibir la fe. Y llama aquí griegos o gentiles, no a los idólatras, sino a aquéllos que adoraban al verdadero Dios y cumplían la ley natural, y además de las observancias judaicas, guardaban todo lo concerniente a la verdadera

piEDAD y religiÓN: como eran Melquisedec, Job, los ninivitas y Cornelio. Ya empieza, pues, a socavar la diferencia entre la circuncisión y el prepucio, y desde lejos ataca ya esta distinción. Así lo hace sin dar lugar a sospecha, y como tratando de otra cosa, según su acostumbrada prudencia. Porque si hubiera enseñado que esto era así primero en los tiempos de gracia, sus palabras habrían dado ocasión a grandes sospechas. En cambio, estando hablando de la malicia y perversidad que reinaba en aquellos remotos tiempos, en medio de la serie de sus razonamientos, llegar a hacer esta afirmación, no engendra sospecha alguna.

4. Mas, que Pablo miraba y asestaba a este blanco, y por eso fue disponiendo así la narración, se ve claramente por esto: porque si no hubiera tenido empeño en probar esto, después de decir: *Según tu dureza y corazón impenitente te creas un tesoro de ira para el día de la ira*, esto hubiera bastado, y concluido este asunto, debiera haber terminado la materia. Mas, como no quería tratar exclusivamente del juicio futuro, sino que se proponía demostrar que no tenía más el judío que el griego y el gentil, para que el judío no se engriese, pasa adelante y establece orden en sus razones. Fíjate, pues: aterrorizó al oyente, tronó con el tremendo día, ponderó cuán gran mal es vivir en el vicio, mostró que nadie peca por ignorancia, ni impunemente, sino que quien aquí no la pague, la pagará después sin falta. Y ahora trata de probar que la ciencia de la ley no es cosa muy urgente; pues así el premio como el castigo corresponde a las obras, no a la circuncisión ni al prepucio. Por tanto, después de haber dicho que el griego sufriría sin falta el castigo, cosa de todos fácilmente admitida, y de haber probado asimismo que había de recibir honor y gloria, demuestra luego que son superfluas la circuncisión y la ley, pues aquí está impugnando especialmente a los judíos. Porque, como eran más porfiados en sus inacabables disputas, primero a causa de su orgullo, desdenándose de entrar a formar parte con los gentiles; segundo, burlándose de los que decían que la fe borra todos los pecados; por eso acusó primero a los griegos, de quienes estaba tratando, para poder luego atacar a los judíos confiado y sin sospecha. Luego al llegar a examinar el suplicio de cada uno, demuestra que el judío no sólo no sacará de conocer la ley ventaja alguna, sino que por este mismo título, recibirá mayor castigo, lo cual había comenzado a probar ya antes. Pues si el griego es precisamente inexcusable, porque, a pesar de

inducirle a ello la naturaleza y sus mismos pensamientos, no se portó mejor; mucho más lo será el judío, que a todo esto añade el conocimiento que de la ley proviene. Habiéndole persuadido, pues, a admitir este raciocinio en los pecados ajenos, obligale luego, aun contra su voluntad, a admitir lo mismo también en los propios.

Y para que más fácilmente admitan su enseñanza, comienza por lo más suave diciendo: *Gloria, honor y paz a todo hombre que obra el bien, al judío primero y también al griego*. Pues aquí los bienes, por grandes que sean los que uno tenga, aunque sea rico, poderoso y rey, siempre se poseen con perturbación y zozobra; y si uno no tiene encuentros con otros, al menos le atormentan e intranquilizan sus propios pensamientos en guerra frecuente unos con otros: allí no hay nada de esto, sino una perpetua tranquilidad y una paz perfecta.

Habiendo probado antes que los que carecen de ley conseguirán los mismos bienes, continúa su razonamiento: II. *Porque no hay en Dios acepción de personas*. Al decir que todos los que pecan, sean judíos o gentiles, son castigados, no necesita pararse a probarlo; mas cuando dice que el gentil recibirá premio y honor, tiene que dar la prueba; porque a los judíos les parecía muy extraño que un hombre, que no había oído hablar de la ley, ni de los profetas, hubiese de recibir honor por sus buenas obras. Por eso, como ya dije, les habló primero del tiempo anterior a la ley de gracia. Pues aquí no infunde sospecha, puesto que suelta la especie tratando de otra cosa.

Después de decir, pues, *Gloria, honor y paz a todo hombre que obra el bien, al Judío primero y al Griego*, añade: *Que no es Dios aceptador de personas*. ¡Oh, con cuánta exuberancia los vence y convence! Pues demuestra, por los absurdos, que si no fuese así, no sería cosa según Dios; porque eso sería aceptación de personas, que en Dios no cabe. Y no dijo: Si no fuera así la cosa, sería Dios aceptador de personas; sino que habló más dignamente: *No hay en Dios aceptación de personas*; esto es, Dios examina no la calidad de las personas, sino la diferencia de las cosas. Con lo cual declara que el judío y el griego se diferencian, no por razón de la cosa, sino de las personas. De donde se seguía: No por ser aquél Judío y éste Griego, ha de recibir honor aquél y éste ignominia; sino que todo depende de sus obras. Mas no lo dijo tan crudamente, porque hubiera irritado a los Judíos; sino que añadió una cosa, con lo cual abatió su fausto y reprimió su altivez y soberbia, a fin de que lo admitiesen. ¿Qué cosa

fue esa? Lo que sigue: 12. *Pues cuantos sin ley pecaron, sin ley perecerán; y cuantos con ley pecaron, por la ley serán juzgados.* En donde, como antes dije, no sólo iguala al Judío con el Griego, sino que muestra al Judío muy agravado por la ley. Pues el Griego es juzgado sin la ley. Y este *sin la ley*, no indica cosa más grave, sino menos, es decir, que no tiene a la ley por acusadora. Porque aquella frase, *sin ley*, quiere decir que es condenado, pero sin que su condenación provenga de ley alguna escrita, sino sólo de la ley y razón natural; mientras que el judío, *por la ley*, esto es, juntándose para condenarle la ley escrita y la razón natural. Pues cuanto fue objeto de mayores cuidados, tanto mayores penas sufrirá.

5. ¿No ves cuánto mayor necesidad impone a los Judíos de recurrir a la gracia? Porque, diciendo ellos que no necesitaban de la gracia, como justificados por la ley, les prueba que necesitan de ella más que los Griegos, pues de lo contrario, serán más gravemente castigados. Luego trae una nueva razón para probar lo dicho. 13. *Que no son justos delante de Dios los que oyen la ley; sino que los que la cumplen, éstos serán justificados.* Justamente añadió: *Delante de Dios*, porque delante de los hombres parecerán tal vez muy honorables, y se jactarán en gran manera; mas delante de Dios es muy de otro modo, pues *sólo los obradores de la ley serán justificados.* ¿No ves con cuánta fuerza de razones les retuerce su argumento? Pues si pretendes salvarte por la ley, en eso te aventaja el Getil, que ha puesto por obra lo que en ella está escrito. Mas ¿cómo es posible que haya cumplido la ley el que no tiene noticia de ella? Posible, y no sólo eso, sino cosas mucho mayores. Porque no sólo puede cumplirla sin saberla, sino que después de oírla, puede no cumplirla; lo cual expresa luego con más energía diciendo: *¿Tú que enseñas a otro, no te enseñas a ti mismo?* Aquí, entre tanto, prueba aquello primero: 14. *En efecto; cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen, por razón natural, lo que manda la ley, éstos tales, no teniendo ley, son para sí mismos ley viva.* No desecho yo la ley, dice, sino que con ella justifico a los gentiles. ¿No ves cómo, a pesar de socavar la gloria del Judaísmo, no les da motivo alguno de queja y acusación como deshonorador de la ley, sino que antes lo prueba todo exaltándola y enaltecéndola? *Naturalmente* quiere decir según los raciocinios naturales; y demuestra que son mejores esos otros, y lo que más es, precisamente por ese motivo mejores, porque no recibieron ni tienen ley escrita, en lo cual tanta ventaja

parecen llevarles los Judíos. Pues por eso son tan dignos de admiración, porque, sin necesitar de ley, pusieron por obra todas sus prescripciones, teniendo esculpidas en sus almas las obras mismas, no la letra. Porque así lo dice: 15. *Como quienes muestran tener la obra de la ley escrita en sus corazones, como lo atestigua su propia conciencia, y sus pensamientos que, litigando en su interior ya los acusan, ya los defienden.* 16. *Como se descubrirá en el día en que juzgará Dios los secretos de los hombres, según mi Evangelio, por Jesucristo.* ¿No ves cómo describe aquel tremendo día y, poniéndolo ante sus ojos, excita sus almas, demostrándoles que son más dignos de honor los que, sin tener ley, procuraron cumplir lo que en ella manda?

Pero lo que es más de admirar en la apostólica prudencia no puedo menos de consignarlo aquí. Pues habiendo demostrado con las razones aducidas que es mejor el gentil que el judío, en el epílogo y conclusión de su razonamiento omite esto para no exasperar a los judíos. Y para aclarar lo dicho, traeré aquí las palabras mismas del Apóstol. Pues habiendo dicho: *No los oyentes, sino los obradores de la ley, serán justificados*, parece que, hablando en consecuencia, debiera haber dicho: *Puesto que los gentiles, sin tener ley, cumplen, por razón natural, sus prescripciones*, y son, por ende, mejores que los aleccionados por la ley; no lo dijo, sino que hizo pausa en las alabanzas de los gentiles, sin pasar a hacer comparación, a fin de que así admita también el judío lo que se dice. Por eso no habló así, como dije, sino, ¿de qué modo? *Cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen por razón natural las obras de la ley, sin tener ley, son ley para sí mismos; mostrando las prescripciones de la ley escritas en sus corazones, sirviéndoles de testimonio sus mismas conciencias.* Pues basta, en lugar de ley, el pensamiento y la conciencia. Con lo cual muestra también que Dios hizo al hombre capaz y suficiente para abrazar la virtud y huir el vicio. Y no te extrañes que pruebe esto dos, tres y más veces: pues era para él cosa muy necesaria por razón de aquéllos que decían: ¿Por qué ha venido Cristo ahora? Y ¿dónde estaba en aquellos antiguos tiempos una tan insigne providencia? Habiendo disputado contra éstos sumariamente, demuestra también que en los tiempos antiguos, y antes que se diese la ley, gozaba la naturaleza humana de una perfecta providencia. *Pues lo que de Dios es cognoscible les era manifiesto*, y sabían distinguir el bien del mal, con lo cual juzgaban de todas las cosas. Echándoles en cara esto decía: *En*

lo que condenas a otro, a ti mismo te condenas (Cf. *Mat.*, 7, 2). Por lo que hace a los judíos, además de lo dicho, tenían la ley, y no sólo la razón y la conciencia. Mas, ¿por qué dice que allá en su interior unos pensamientos los acusan y otros los excusan o defienden? Pues teniendo la ley escrita y poniéndola por obra, ¿qué materia de acusación puede hallar ahí el raciocinio? Mas ese *acusándolos* no se dice solamente de ellos, sino de toda la naturaleza. Pues entonces acaecen raciocinios: y unos acusan, y otros defienden; y en aquel tribunal no tiene el hombre necesidad de otro acusador.

Luego, aumentando el temor, no dijo: Los pecados de los hombres, sino *Los secretos de los hombres*. Pues después de haber dicho: *¿Piensas acaso, oh hombre, que condenas a los que tales cosas hacen, y no obstante, las cometes también tú, que podrás huir el juicio de Dios?* Para que no te figures un juicio semejante al que tú sueles dar, sino que entiendas que la sentencia de Dios es mucho más justa y estricta, añadió: *Las cosas escondidas de los hombres*; y agregó: *Según mi Evangelio, por Jesucristo*. Porque los hombres no son jueces, sino de las cosas manifiestas. Y primero hablaba solamente del Padre; mas luego, habiéndolos ablandado y reducido por medio del temor, hizo mención de Cristo; y no sencillamente, sino que también aquí, después de mencionar al Padre, entonces introdujo al Hijo, y por medio de ellos levanta y ensalza la dignidad de su predicación. Esta predicación, dice, no anuncia otra cosa que lo que la misma naturaleza humana se había anticipado a enseñarnos.

6. CUÁN TREMENDO ES EL JUICIO DE DIOS. LA OFENSA DE DIOS ES MAYOR QUE SU VENGANZA. ¿Has visto con cuánta discreción y prudencia los ha atraído y ganado para el Evangelio y para Cristo, y ha demostrado que nuestra vida no está circunscrita a los límites de las cosas presentes, sino que pasa más allá? Ya lo había probado antes al decir: *Te vas atesorando ira para el día de la ira*; y aquí lo repite: *Juzgará Dios los secretos de los hombres*. Penetre, pues, cada uno los senos de su conciencia, y recapacitando sobre sus pecados, pídase rigurosa cuenta, para que no nos condene Dios entonces juntamente con este mundo. Porque es verdaderamente horrendo aquel juicio, tremendo aquel tribunal, aterradora la cuenta que hay que dar; de allí mana un río de fuego. *No podrá librar un hermano a su hermano, ¿cómo lo librará un extraño?* (5) (*Ps.*, 48. 8). Recordad lo que dice el Evangelio de los ángeles que andan de una parte a otra cumpliendo

órdenes del Juez, su Señor; de la puerta cerrada, de las lámparas apagadas, y de las Potestades, que arrastrarán a los malvados hacia los hornos. Y piensa entre ti: si en medio de esta iglesia solamente se revelase un crimen oculto de cualquiera de nosotros, ¿no preferiría que se abriese la tierra y lo tragase, a tener tantos testigos de su maldad? ¿Pues qué sufrimiento será entonces el nuestro cuando, delante del orbe entero, se publiquen todos nuestros crímenes ante tan grande y espléndida asamblea a vista de todos, así conocidos como desconocidos?

Mas, ¡ay de mí!, adónde me veo obligado a recurrir para aterrorizarnos, al juicio y al qué dirán de los hombres, cuando debería echar mano del temor de Dios y de su condenación. ¿Qué tales, dime, estaremos cuando, amarrados y rechinando los dientes, seamos arrojados a las tinieblas exteriores, más aún, qué haremos, y ésta es entre las cosas terribles la más terrible, cuando el Supremo Juez de vivos y muertos nos haga comparecer en su presencia? Si uno tuviera seso y cordura, el sólo ser arrojado de la vista y presencia de Dios lo tendría por mil infiernos; mas como no estiman los hombres como debieran la gravedad de esta pena, por eso nos amenazó con el fuego. Pero más, mucho más merece nuestro sentimiento y dolor el momento en que cometemos la culpa que el instante en que recibimos la pena. Escucha y oye a Pablo, deshecho en dolor y llanto por pecados que no habían de recibir castigo alguno: *Indigno soy de que me llamen apóstol, pues he sido perseguidor de la Iglesia* (6) (I. Cor., 15. 9). Oye también a David, libre y exento de suplicio, llamar, no obstante, y reclamar contra sí la venganza divina, porque reconocía haber ofendido a Dios: *Ruégote, Señor, que descargues tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre* (7) (2. Reg., 24. 17). Porque mucho más grave es la ofensa hecha a Dios que el castigo de ella.

Empero, ahora ha llegado a torcerse de modo tan miserable el aprecio y estima que hacemos de las cosas, que, si no nos fuerza el temor del infierno, no hacemos nada bueno. Y así por sólo este título somos merecedores del infierno, por temerlo más que a Cristo.

Mas no así el bienaventurado Pablo, sino muy al contrario. Pero como nuestros afectos son tan otros, por eso somos condenados al infierno. Que si amáramos a Cristo, como es justo, veríamos que es cosa más grave que el infierno ofender al amado; mas como no le amamos, no vemos la magnitud de tan gran suplicio. Y esto es lo que

más me duele y me llega al alma. Porque ¿qué no ha hecho? ¿qué ha omitido? ¿qué mal nos ha hecho nunca? De balde le hemos ofendido y deshonrado, habiéndonos él colmado de innumerables beneficios: de mil modos nos llamaba y atraía, y en vez de hacerle caso proseguimos en ultrajarle y ofenderle; y ni aun así quiso vengarse, sino que corrió tras nosotros y nos detuvo cuando huíamos; nosotros, empero, sacudimos su suave yugo y nos agregamos, tránsfugas, al bando de Satán, su enemigo; mas ni aun así desistió su amoroso anhelo, sino que envió a llamarnos mil mensajeros, ángeles, patriarcas y profetas; pero nosotros no sólo rechazamos su embajada, sino que ultrajamos a los enviados. Y él, sin embargo, no nos rechaza, sino que, a manera de los vehementes amadores, anda de casa en casa exhalando amorosas quejas delante de todos, al cielo, a la tierra, a Jeremías, a Miqueas; no haciéndonos cargos, sino dando sus descargos: y, en compañía de los profetas, va en busca de sus adversarios y ofensores, dispuesto a dar razón de sí y rogando con la paz y atrayendo a los que se hacen sordos a suave y amorosa entrevista y coloquio. *¡Oh pueblo mío! ¿qué te he hecho yo, o en qué te he contristado, respóndeme* (8) (Mich., 6, 3). Después de todo esto apedreamos y matamos a los profetas, y perpetramos otros infinitos crímenes. Y ¿qué hizo él entonces? No envió más profetas, no ángeles, no patriarcas, sino a su mismo Hijo. Vino el Hijo, le mataron: no se apagó por eso el fuego de su amor, sino que ardió más vivo, y después de matado el Hijo, persevera exhortando, rogando, y nada omite para que nos convirtamos. Y así clama Pablo diciendo: *Embajadores somos de Cristo; él mismo os exhorta por nuestra boca: reconciliaos con Dios* (9) (2. Cor., 5, 20).

7. Mas nada de esto logró atraernos y reconciliarnos. El, no obstante, no por eso nos abandonó, sino que continúa amenazándonos con el infierno y prometiéndonos el reino para atraernos siquiera con esto: nosotros, empero, permanecemos estúpidos y sin seso. ¿Qué cosa hay peor que esta bestial dureza? Si un hombre hubiera hecho por nosotros tales cosas, ¿no nos hubiéramos entregado ya mil veces a servirle? Pero las hace Dios, y lo desdeñamos. ¡Oh desidia, oh ingratitud! Seguimos siempre en nuestras faltas, crímenes y pecados; y si algún día hacemos algo bueno, luego lo pesamos, medimos y ponderamos pensando en la paga, como si tal mereciese nuestra ruindad. ¿No es por ventura mayor el premio si obras con amor desinteresado? Porque el andar contando, midiendo y ponderando los obsequios y

servicios más es de mercenarios que de almas nobles y de serviciales y obsequiosos criados. Por amor de Cristo hemos de hacerlo todo, antes que por la paga; pues para eso nos amenazó con el infierno y nos prometió el reino, para que le amásemos. Amémosle, pues, como es justo; esto es ya paga magnífica, esto es ya reino y placer, esto delicia, gloria y honor, esto luz, esto inmensa dicha y bienaventuranza, que ni puede declarar el más elocuente discurso ni comprender la inteligencia más preclara. Mas no sé cómo he venido a dar en tal empeño, de pretender que unos hombres que no sólo no desprecian, sino que ansían los mandos, fama y gloria de acá abajo, lleguen a despreciar por amor de Cristo la misma gloria y reino celeste, a pesar de ir delante y haber llegado a tal extremo de amor aquellos generosos varones. Oye, pues, cómo arde Pedro en amor de él, prefiriéndolo a su alma y a su vida y a todas las cosas. Y después que lo negó no lloraba por el suplicio, sino por haber negado a su amado: lo cual era para él más acerbo que todos los suplicios. Y todo esto antes de recibir en Pentecostés la gracia del Espíritu Santo: e instaba muchas veces diciendo: *¿Adónde vas?*, y antes, *¿A quién iremos?*, y también: *Te seguiré adonde quiera que fueres* (10) (*Jn.*, 13, 36' 6, 69; *Mt.*, 8, 19). El, en efecto, lo era todo para ellos, y ni el cielo ni el reino de los cielos anteponían a su amado. tú eres para mí todas las cosas, dijo. *¿Y qué maravilla que Pedro tuviera tal estima y afecto?* Pues oye al profeta: *¿Qué cosa puedo apetecer yo del cielo ni qué he de desear sobre la tierra, fuera de ti, oh Dios mío?* (II) (*Ps.*, 72, 25). Esto es, de todas cuantas cosas hay arriba y abajo, nada quiero fuera de ti. Esto es amor, esto es dilección; si amamos de este modo, ni las cosas presentes ni las futuras estimaremos en nada en comparación de este amor, y así conseguiremos el reino gozándonos en su amor.

Pero dirás: *—¿Cómo podremos conseguir tan grande bien?*— Pensando cómo le ofendimos, después de haber recibido de él tantos y tan insignes beneficios, y él, no obstante, perseveró exhortándonos; cuántas veces le menospreciamos, y él, en cambio, no nos deja ni olvida, sino que corre en busca nuestra, y con mil alicientes nos atrae a sí y nos convida.

Con estas y otras semejantes consideraciones podremos encender en nosotros este amor. Porque si el que de tal modo ama fuese un hombre vil, y el que así es amado fuese un rey, ¿no tendría éste en mucha estima tan grande amor? Ciertamente, y con sobrada razón. Pues

siendo por el contrario, tales y tan magníficas la inefable belleza, la gloria y las riquezas de nuestro amador, y tan viles y abyectos nosotros, que tan sobre modo y medida somos amados por un Señor tan grande y admirable, ¿rechazamos todavía así su amor? El no tiene necesidad alguna de nosotros, y no obstante, no cesa de amarnos; nosotros, en cambio, necesitamos sobremanera de sus bienes y ni aun así conservamos su amor, sino que le preferimos las riquezas y amistades humanas, el descanso del cuerpo, el poderío y la gloria, siendo así que él nada antepone a nuestro amor. Pues un Hijo natural y unigénito que tenía no lo perdonó por nuestro bien; y nosotros le preferimos muchas cosas. ¿No merecemos, pues, el infierno, aunque fuese doble, triple y mil veces mayor? ¿Qué podemos decir prefiriendo, como preferimos, los dictados de Satanás a los preceptos de Cristo? y anteponiendo, sin perdonar a nuestra propia salud, las obras viciosas y perversas a aquél que padeció tanto por nosotros? ¿Qué justificación, qué indulgencia y perdón merece tal conducta? Ninguno. Perseveremos, pues, ya en el bien; no nos dejemos arrastrar de nuevo a mil precipicios, sino que, arrepentidos del pasado, y recapacitando todas estas cosas, démosle gloria por medio de obras, que no bastan palabras: para que gocemos también de la gloria que de él dimana, la cual ojalá consigamos por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual, con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria, el honor y el imperio ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VI (2. 17-3. 9)

Después de haber mostrado San Pablo que nada falta a los infieles para la salvación, con tal que cumplan lo que la ley ordena, habla de las ventajas que tuvieron los Judíos sobre los demás pueblos; pero condenando su vanidad, porque se sirvieron de esos dones, no para procurar su salvación, sino para engreírse contra las demás naciones y despreciarlas.

No dice de ellos que obran el bien, sino que lo conocen y lo aprueban. Conocimiento inútil que, lejos de elevarnos sobre los demás, antes nos deprime y rebaja.

Los Judíos, descuidando el cumplimiento de la ley, hacían a Dios un doble ultraje. Pues no sólo le deshonoraban ellos, sino que, con su mal ejemplo, eran causa de que fuera blasfemado su nombre entre las naciones.

Como la circuncisión era la prerrogativa de que más se ufanaban, y que hubiera sido ciertamente digna de alabanza, si fuera más interior que exterior: el Apóstol les advierte que de nada les sirve si no guardan la ley. Porque, ¿en qué consiste la circuncisión? ¿Proviene de algún mérito del que la recibe, o puede por ventura considerarse como una señal de su amor para con Dios? ¿No es sabida la edad en que se recibe? (a los ocho días de nacer). ¿Cuántos años no estuvieron los Judíos en el desierto sin circundarse? Podía San Pablo haber recurrido a todas estas razones para rebajar la circuncisión, pero no quiso, sino por el mismo Abraham, en quien más digna de veneración era para ellos. Porque no había razón más fuerte y eficaz para arruinar esta práctica que demostrar que debe despreciarse por la misma consideración que parecía a los Judíos la más poderosa para ensalzarla.

El verdadero Judío (que en hebreo significa alabanza) es, según San Pablo, el que lo es interiormente, y saca su alabanza no de una cosa exterior y carnal, como es la circuncisión, la observancia del sábado y los sacrificios y purificaciones legales, sino de sólo Dios, estando circuncidado en el corazón y en el alma.

Otra gran ventaja y distinción fue para los Judíos el haber sido escogidos por Dios para ser los depositarios de su divina palabra; mas como ellos no tuvieran fe y confianza en los divinos oráculos, esta honra y distinción recibida de Dios se les convirtió en gran confusión a causa de su incredulidad e ingratitud.

Mas si esto es así, dirá alguno, ¿por qué castigó Dios la injusticia judaica? ¿Es justo que Dios me castigue por una cosa que le honra? Objeción es ésta que fluye naturalmente de las palabras del Apóstol. Pero él nos advierte que habla conforme al modo de pensar de los hombres. Mas la justicia divina tiene muchos secretos impenetrables a la pequeñez humana. La gloria que Dios saca de nuestra injusticia es obra exclusiva suya, nosotros no tenemos en ella parte alguna; no merecemos otra cosa que castigo por nuestros pecados.

Dios ha hecho y sigue aún haciendo cuanto conviene, a fin de que nuestra conducta sea perfectamente justa y arreglada y aparezca tal a los ojos de los hombres. No nos dejemos dominar de la negligencia y desidia; la santidad de nuestra vida es la que ha de sacar a los infieles de sus errores; mas si nuestra virtud se reduce a discursos estudiados, descuidando las buenas obras, ¿cómo osaremos acometer la empresa de persuadirles la fe? ¿No nos prohíbe la Escritura hablar de las santas verdades cuando nuestra vida no concuerda con ellas? Si la ley exigía que los que estaban cautivos en tierra extranjera viviesen en silencio, ¿cuánto más exigiría que callen los que son esclavos del pecado y llevan una vida enteramente exterior y mundana? No me digas que no adoras becerro alguno de oro, sino pruébame con tu vida que no idolatras. Porque hay muchas clases de idolatría. Uno tienen por Dios al dinero, otros al vientre, y otros una codicia más perniciosa aún. Yo quiero que no les sacrifices becerros como hacen los paganos; pero tú les haces un sacrificio mucho más abominable ofreciéndoles como víctima tu propia alma. Tú no doblas las rodillas delante de sus estatuas para adorarlas; pero eras más condescendiente y sumiso a todo lo que de ti pide la avaricia, la sensualidad y todas las demás pasiones que ejercen sobre ti su tiránico dominio.

HOMILIA VI (2, 17-3, 9)

17. *Que si tú te llamas Judío, y descansas satisfecho en la ley, y te glorías de adorar a Dios (8), y conoces su voluntad, y amaestrado por la ley, sabes apreciar lo que es mejor.*

1. Después de haber dicho que nada falta al gentil o griego para alcanzar la salvación, con tal que cumpla la ley, y haber hecho aquella admirable comparación, pone las honrosas prerrogativas de los Judíos, de que ellos tanto se ufanaban contra los griegos. Y en primer lugar el nombre mismo, que era muy honroso, como lo es hoy el Cristianismo: porque ya por el nombre mismo, era muy grande la diferencia: y así por aquí da principio. Y mira cómo los deprime,

porque no dijo Tú eres Judío, sino *Tu te llamas Judío y te glorías en Dios*, como amado de él y honrado con preferencia en todos los hombres. Aquí me parece que abate su vanidad y arrogancia, porque abusaron de este don y predilección divina, empleándolo no para su salvación, sino para engreírse y levantarse contra los demás, despreciándolos.

Y conoces su voluntad y sabes discernir lo mejor. Esto, si no se pasa a las obras, vicio es; sin embargo, parecía una prerrogativa, y por eso tiene buen cuidado de anotarlo. Porque no dijo Lo haces, sino *Lo conoces y apruebas*, no lo emprendes y pones por obra. 19. *Y te jactas de ser guía de ciegos*. Otra vez aquí no dice que es guía de ciegos, sino Presumes y te jactas de tal, porque era enorme la arrogancia judaica. Por eso emplea casi las mismas palabras con que ellos se andaban jactando. Si no, mira lo que en el Evangelio dicen: *Envuelto en pecados saliste del vientre de tu madre, ¿y pretendes darnos lecciones?* (I) (Jn., 9. 34) y se engreían contra todos. Por eso Pablo continúa emperterrito fustigándolos sin piedad, y los levanta acá para abatirlos allá y acriminarlos más gravemente. Y así prosigue aumentando esto mismo y amplificándolo con variedad de narraciones. *Te jactas de ser guía de ciegos, luz de los que están a oscuras*, 20. *Educador de necios, maestro de ignorantes, como quien tiene en la ley de Moisés la pauta de la ciencia y de la verdad*. De nuevo no dijo aquí, En la conciencia, en las obras, en el bien obrar, sino, *En la ley*. Y dicho esto, repite aquí lo que antes dijo contra los Gentiles. Pues así como allí dijo: *Juzgando a los otros, te condenas a ti mismo* (v. I.^o, 2, I); así aquí dice: 21. *Tú, pues, que instruyes a otros, ¿a ti mismo no te enseñas?* Pero allí habla con más rigor, aquí más suavemente. Pues no dice: Por lo cual eres merecedor de mayor suplicio, porque habiéndose confiado tantos y tan grandes bienes, de ninguno te aprovechas como es razón; sino que recurre a la interrogación, avergonzándole y diciéndole: ¿A otros enseñas y a ti no te enseñas?

Considera también desde otro punto la prudencia de Pablo: porque las prerrogativas que enumera no nacieron de industria y mérito de ellos, sino que eran gratuito don de Dios; y demuestra que, a causa de su negligencia y desidia no sólo eran inútiles y superfluas, sino que les atraían mayor castigo. Porque no era mérito de ellos el haber sido llamados y escogidos, ni el haber recibido la ley, ni las demás prerrogativas enumeradas, sino pura gracia de Dios.

Y al principio dijo que de nada valía el oír la ley, si no se cumplía. *Pues no los oyentes, sino los obradores de la ley son justos delante de Dios*: pero ahora exige más, diciendo que no sólo el oír la ley, sino ni siquiera el enseñarla, sino practica lo que enseña; y no sólo esto, sino que atraerá sobre él mayor condenación y castigo.

Con justeza usó de aquellas dicciones: pues no dijo Recibiste la ley, sino *Descansas en la ley*. Porque no tuvo necesidad el Judío de andar de acá para allá en busca de lo que se debe hacer; sino que con la mayor facilidad tuvo la ley y en ella el camino de la virtud. Pues, aunque los Gentiles tenían la razón natural, y en esto les hacían ventaja, porque podían cumplirlo todo sin necesidad de oír la ley; con todo, ellos encontraban mayor facilidad.

Y si vienes diciendo. No sólo oigo, sino que enseño; eso es añadir y aumentar tu suplicio. Así es que en lo que más blasonaban, en eso mismo los mostró más ridículos. Y cuando dice *Guía de ciegos, educador de necios, maestro de ignorantes*, muestra su vana arrogancia: pues abusaban mucho de sus prosélitos, llamándolos con esos nombres.

2. Por eso Pablo refiere con gran variedad aquellas que parecían ser alabanzas, pues sabía muy bien que eran motivo de acusación mayor. *Que tienes en la ley la pauta de la ciencia y de la verdad*. Que es como si uno poseyese una imagen del rey y no le añadiese color ni perfil alguno; mientras que otros, a quienes no se les había hecho tal confianza, sin poseer el prototipo, hicieran de él un retrato perfecto y acabado.

Después de haber expuesto las prerrogativas que de Dios habían recibido los Judíos, enumera sus vicios, profiriendo las mismas acusaciones que les habían hecho los profetas: *Y no obstante, tú que instruyes a otros, no te instruyes a ti mismo; tú que predicas que no es lícito hurtar, hurtas; 22. tú que dices que no se ha de cometer adulterio, lo cometes; tú que abominas de los ídolos, saqueas los templos?* Porque estaba severamente prohibido tocar las cosas de los ídolos abominados y execrados; y, sin embargo, la tiránica codicia del dinero os ha hecho conculcar también esta ley. Luego añadió, por fin, lo más grave, diciendo: 23. *¿Tú, en fin, que te glorías en la ley, con la violación de ella, deshonoras a Dios?* Dos cosas les acrimina, o mejor dicho, tres: que le deshonoran, que por las mismas cosas en que fueron honrados, y que deshonoran a quien los honró; lo cual es negra ingratitud.

Luego, para que no pareciera que los acusaba de suyo, introduce como acusador al profeta; primero breve y sumariamente, luego descendiendo a particularidades; ahora alega a Isaías, luego a David, aduciendo varias refutaciones. Pues de que no soy yo quien os echa en cara esto, oíd a Isaías: *El nombre de Dios es blasfemado por culpa vuestra entre los Gentiles* (2) (*Is.*, 52, 5). He aquí un doble crimen. Pues no sólo le deshonoran ellos, sino que inducen a otros a deshonrarle con su ejemplo. ¿Para qué os sirve, pues, el enseñar, si no os enseñáis a vosotros mismos? Antes únicamente dijo esto; aquí añade lo contrario. Pues no sólo no os enseñáis a vosotros lo que debéis hacer, sino tampoco a los demás; y, lo que es mucho más grave, no sólo dejáis de enseñar lo que manda la ley, sino que enseñáis lo contrario, a blasfemar y deshonorar a Dios, cosa tan contraria a la ley.

¿CUÁL ES LA VERDADERA CIRCUNCISIÓN? Mas la circuncisión, dices, es cosa grande. Lo confieso, mas cuando es circuncisión del interior. Y mira su gran prudencia y con cuánta oportunidad hace mención de ella. Pues no comenzó desde luego y al principio, porque la tenían en muy grande estima; sino que, después de haber demostrado que habían faltado en lo más principal e importante, y sido causa de que Dios fuese blasfemado; entonces, por fin, teniendo ya al oyente por acusador y condenador de ellos, y a ellos desautorizados, trata de la circuncisión, bien persuadido de que no habrá nadie que la defienda y patrocine; y así dice: 25. *La circuncisión ciertamente aprovecha, si observas la ley*. Podía, cierto, haberla desechado diciendo: ¿Qué es la circuncisión?, ¿es alguna buena obra de quien la recibe?, ¿es prueba de algún buen propósito?— Pero si recibe en una edad prematura, en que no es posible tal cosa: y además, ¿no permanecieron los Israelitas en el desierto incircuncisos por muchos años?, y otras muchas razones evidencian que no es en gran manera necesaria. Sin embargo, no la rechaza por estas razones, sino por otra, que era la que más convenía, por Abraham mismo. Porque de este modo resulta más brillante y célebre la victoria, apareciendo despreciable precisamente por el mismo título por donde la tenían ellos por más digna de veneración y estima.

Y aunque podía haber dicho que los profetas llaman a los Judíos incircuncisos; esto no era vicio y defecto de la circuncisión, sino de los que usaban mal de ella. De lo que aquí se trata es de demostrar que no tiene fuerza ni influencia alguna en una vida óptima y excelen-

te: lo cual probará después. Aquí no aduce al patriarca, sino que, desechándola primero por otro título, trata luego de él al hablar de la fe, donde dice: *¿Cómo se le tomó en cuenta la fe (a Abraham), estando circuncidado, o incircunciso? No circuncidado, sino incircunciso* (3) (Rom. , 4, 10). Porque mientras está luchando contra el Gentil o incircunciso, no quiere aún tratar de eso, por no sobrecargar la materia: luego, cuando la lucha sea entre la circuncisión y la fe, se armará contra ella.

Entre tanto, el combate es contra el prepucio; por lo cual habla más suavemente diciendo: *La circuncisión aprovecha, si guardas la ley; mas si la violas, tu circuncisión se hace prepucio*. Porque dos circuncisiones distingue aquí y dos prepucios, como también dos leyes. Hay una ley natural y otra escrita; y aun una tercera intermedia entre aquellas dos, la ley de las obras. Y advierte cómo trae y demuestra estas tres leyes. Dice: *Cuando las gentes que no tienen ley... ¿Qué ley, pregunto? —La ley escrita. Cumplen por razón natural las prescripciones de la ley. ¿De qué ley? —De la que lo es por las obras. Estos, sin tener ley. ¿Cuál? —La escrita. Son para sí mismos ley. ¿Cómo? —Usando de la ley natural. —Los cuales muestran la obra de la ley. ¿De cuál? —De la que lo es por las obras. La ley escrita en letras es exterior; la natural, interior; la otra, en los actos: la primera la dictan las letras, la segunda la naturaleza, la tercera los actos. Esta última es la obra; a la cual se ordenan las otras dos, la natural y la escrita. Y si ésta faltare, las otras no son de utilidad alguna, sino de grandísimo daño. Demuéstralo así de la natural diciendo: En el juzgar a otro, a ti mismo te condenas; de la escrita dice: Predicas que no debe hurtarse y hurtas. También son dos los prepucios, natural uno y otro por las obras: y dos circuncisiones, una en la carne y otra en la voluntad, v. gr.: circuncidan a uno el día octavo: ésta es la circuncisión carnal; ha cumplido uno todas las prescripciones legales; ésta es la circuncisión espiritual, que estima sobre manera Pablo, más aún, la misma ley.*

3. Mira, pues, cómo concediéndola de palabra, realmente la suprime. Porque no dijo: Superflua es la circuncisión, infructuosa e inútil; sino, ¿qué? —*La circuncisión es útil si guardas la ley*. Admitióla entretando diciendo: Confieso que la circuncisión es buena, y no digo lo contrario; pero, ¿cuándo? Cuando lleva consigo la guarda de la Ley. *Mas si eres prevaricador, tu circuncisión se vuelve prepucio*.